

La vida benedictina misionera a la luz del misterio de María

Como monja benedictina, quiero presentarles nuestra vocación y misión, que es un modo particular de vivir la identidad cristiana dentro de la Iglesia. Compartimos con todos ustedes una misma herencia, una misma bendición: la de haber sido elegidos en Cristo para ser santos, partícipes de la vida divina. Y llevamos inscripto en el nombre de *benedictinos/as* esa vocación original, bautismal, propia de los cristianos: la de ser bendición en medio del mundo. Bendición que se diversifica en la riqueza de múltiples carismas particulares dentro de la Iglesia,

Quiero compartir hoy con ustedes cuatro aspectos del particular carisma benedictino, a la luz de los misterios marianos; a la luz de los misterios gozosos de la vida de María, la *bendita* por excelencia y la primera contemplativa. Cuatro aspectos propios de la vida monástica benedictina, que son otros tantos canales de bendición y lugares de misión: la oración, la vida en comunidad, el trabajo y la hospitalidad.

Fuimos llamadas, en primer lugar, a una vida de *oración*. Por eso suplicamos cada día, mirando a María orante, que nos enseñe la escucha atenta de la Palabra en la *lectio divina*, en la lectura diaria de la Biblia. Le pedimos saber guardar y meditar en el corazón las cosas de Dios: no sólo su Palabra, sino también los acontecimientos a través de los cuales Él se manifiesta. Le pedimos que nos haga contemplativas, es decir, capaces de ver las cosas como Dios las ve, a través de su mirada infinitamente compasiva y misericordiosa. Pedimos saber dar *el Sí de María* a la voluntad de Dios que se evidencia en los requerimientos concretos de la vida coti-

¹ La Autora es monja del Monasterio Benedictino Nuestra Señora del Paraná (Aldea María Luisa, Entre Ríos, Argentina). El presente artículo es el texto del «testimonio» presentado por su Comunidad en el Congreso Misionero (COMLA 6 – CAM 1), Paraná (Entre Ríos, Argentina), 28.09 al 03.10.1999.

diana, porque sabemos que esa obediencia amorosa y libre a su voluntad es la oración que más le agrada. Pedimos poder cantar con María el *Magnificat* ese himno que alaba las maravillas que el Señor obra en medio de nosotros. Esa dimensión de alabanza la concretamos sobre todo en la *oración litúrgica*, que hacemos reunidas en esa pequeña iglesia que es la comunidad, intercediendo por todos los hombres. Ningún acontecimiento de la vida, ya sea en nuestro ámbito doméstico o en la escena nacional o internacional nos deja indiferentes. La monja lleva al universo y a la humanidad en el corazón, y allí, con Jesús y María, los pone en las manos amorosas del Padre.

Hay un salmo que dice: *Canten al Señor un cántico nuevo, cante al Señor toda la tierra* (Sal 95[96], 1). Eso hacemos en las distintas horas del día: por la mañana, por la tarde, por la noche. Y vamos dejando que los salmos, los himnos y los textos de la Escritura nos vayan empapando el corazón, para ablandar su dureza. Porque la conversión es nuestro primer compromiso misionero. La conversión que hace de nuestra vida un canto nuevo, una bendición que se eleva agradecida al Padre.

En segundo lugar, san Benito nos señala como camino de santidad una intensa *vida de comunidad*, que es ocasión de una entrega desinteresada al amor fraterno. Nos invita a la comunión, actitud misionera por naturaleza. Como esto es un don, lo pedimos cada día, mirando a María que, en Belén, sostiene entre sus brazos a un niño pequeño y frágil. Le pedimos a María que sostenga así a nuestra Comunidad, como a ese *Niño en el que Dios se ha encarnado*, porque sabemos que Él quiere seguir naciendo hoy entre aquellos que están reunidos en su nombre, para volver a poner en evidencia que el poder de Dios triunfa en la debilidad. Quiere nacer y crecer en sabiduría y gracia, enseñándonos, como lo hacía ya de niño en el Templo, a *ocuparnos de las cosas de su Padre*. De Él aprendemos a vencer la antigua tentación de creernos doctores de la ley, para cultivar la simplicidad de la vida verdadera, en la que cada uno se hace bendición para los demás. La Eucaristía, que nos congrega y alimenta diariamente, hace posible este milagro cotidiano, que acontece en ese Templo que es la comunidad eclesial. Una Comunidad monástica quiere ser un testimonio concreto y palpable de que la paz es posible y de que la paciente construcción cotidiana del amor entre hermanos muy distintos entre sí y de muy distintas extracciones, es posible.

El tercer medio por el cual la vida monástica se hace misionera es el trabajo humilde y responsable. *Trabajar* para vivir modestamente, para ganarnos el pan en el marco de una austeridad de vida, ya que es propio de los monjes vivir del trábalo de sus manos. Queremos vivir el trabajo como

una bendición, a pesar del peso y la fatiga que conlleva, a pesar de la incertidumbre ante las dificultades de la subsistencia diaria; por eso miramos hacia el misterio que guarda la *casa de Nazaret*. Tenemos la certeza de que nada de lo que en ella vivieron Jesús, María y José, ni el gesto más pequeño, dejó de ser fecundo para la salvación del mundo. Porque todo brotaba allí del dinamismo de un amor sin límites: el que anima a la misma familia trinitaria. Mirando a la Sagrada Familia tomamos conciencia de la dimensión misionera de nuestro trabajo. Cuando lo asumimos responsablemente, como respuesta a un *envío*, en una obediencia libre y gozosa que sólo la participación en la Cruz de Cristo hace posible, entonces el trábalo se vuelve misionero: misteriosamente bendice al mundo, es causa de liberación y conversión para muchos. También para nosotras. Y nos prepara para perseverar en un trabajo más grande: el trabajo de vivir la vida sabiamente, según el destino de gloria para el que fuimos hechos. Gloria que se anticipa ya en esta vida si nos dejamos trabajar por la bendición que el Padre dispensa constantemente a sus hijos a través del Hijo. En el Monasterio aprendemos a despojarnos de la ambición de poder, de la competitividad, de la carrera por dominar, por ser superiores a los demás. Estos peligros, agazapados en todo hombre, nos acechan también a nosotras y, al vencerlos por el poder de Jesús y un trabajo de crecimiento humano y espiritual para obtener la verdadera libertad de corazón, nos hacemos bendición para nuestros hermanos. Si a través de una vida centrada en Cristo, en su sabiduría de la Cruz, estamos señalando a los hombres la estrella que guía nuestro caminar, entonces toda nuestra vida es un trabajo misionero.

La *hospitalidad* es otro tradicional carisma benedictino. Otro don para suplicar y cultivar. En el gesto de acogida al huésped, al peregrino y al pobre y humilde, se actualiza el misterio de la *Visitación*, aquel encuentro gozoso entre María e Isabel. En él subyace la inmensidad del misterio de un Dios que quiso venir al encuentro de nuestra humanidad, para hospedarse en ella.

Al monasterio viene mucha gente con hambre y sed de Dios, y también con problemas, con sufrimientos, con una necesidad grande de un oído atento y tiempo disponible en un ambiente de paz, serenidad y presencia de Dios. La hospedería monástica nos permite compartir con ellos los bienes espirituales, sobre todo la Liturgia: en ella la bendición de Dios se nos comunica plenamente. También entablamos una relación personal que nos introduce en el dinamismo misionero de la Iglesia: misteriosamente, tanto nuestros huéspedes como nosotras nos vamos descubriendo huéspedes, en Cristo y por obra del Espíritu, del Padre infinitamente

434 hospitalario y misericordioso. En su amor siempre creador nos reconocemos evangelizados y evangelizadores.

Finalmente, ponemos en manos de María este don de la vida monástica -esta bendición que hemos heredado-, para que ella *la presente, como a Jesús en el Templo*, en una ofrenda agradecida al que es fuente de toda bendición.

*Monasterio Nuestra Señora del Paraná
E3114XA1 Aldea María Luisa. Entre Ríos
Argentina*